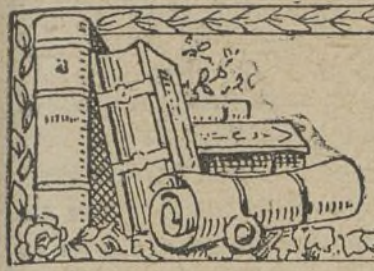


LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

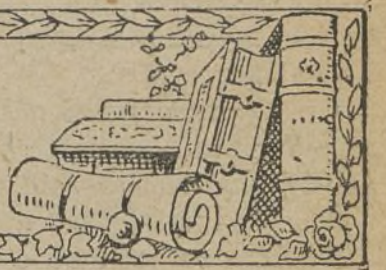
AÑO LV

MADRID, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.534



EL "JARDÍN" DEL CURA



¡BAMOS a los Picos de Europa. Media-ba ya septiembre. Llovía mucho y nos hubimos de quedar en Espinama; al pie de los pelados montes de epopeya, a la espera de que quisiera el sol romper un día las nubes para permitirnos subir. Es este lugar de Espinama el más humilde, el más abrupto y el más bello que quepa imaginar. Perdido en un rincón de España, que es a la vez Cantabria, Asturias y León, se llega allí por caminos de cabras, dejando atrás Congarima, Beares, Baró, San Pelayo, Camaleño, Cosgaya, al lento y temeroso andar de los caballos, que hay que descabalar a veces y llevar de la brida, por miedo de caer, jinete en ellos, a lo profundo de algún barrancal. Tierras de frío, de sombra, de leyenda y silencio; ni aun se oye el piam de un pájaro; quizás de cuando en cuando, al atajar leguas y leguas por el Monte Oscuro, sentís un repentino crujir de matorrales, como si un oso fugitivo los desgajase en su torpe carrera. Tan solamente, siempre, en lo hondo de su cauce, inacabable grieta abierta en la montaña por el hacha de Dios, va el Deva repitiendo su murmullo pausado, cual los versos iguales y monótonos de algún romance viejo.

Es domingo, y entramos a misa en Espinama. El pueblecito entero, unas noventa o cien personas, se ha congregado a cumplir el precepto en la pobre iglesia, sobre cuya espadaña penden, mustias y desgarradas por la lluvia, unas azules banderitas de papel con que se engalanara para recibir al obispo de León, que en estos días anda por la montaña como un prelado recio y apostólico de los tiempos antiguos, montado en su hacanea tradicional y manea, haciendo la visita pastoral. El templo es humildísimo: un exiguo rectángulo, presidido por un retablo misero, bello en su tosqueza aldeana, y, en las dos paredes fronterizas, dos altarcitos más. Por no sabemos qué excepción de la liturgia, el cura, aunque es domingo, lleva casulla negra. Es un ancianito muy seco, muy enjuto, todo serenidad y sencillez, que da la sensación de haber nacido allí, de haber vivido siglos y siglos arraigado a aquel suelo; con la faz ocre, de color de tierra, y la cabeza llena de nieve de los Picos. Cuando llegamos, ha acabado la Epístola y, vuelto hacia el concurso atento y rudo, hace pausadamente, con verbo familiar y vacilante, la plática dominical:

—Esto, ya digo, es porque no tenéis temor de Dios... El demonio, ya digo, está siempre al acecho...

Sigue la misa, que canta el buen párroco y que contesta el pueblo a coro. En el presbiterio, a ambos lados, tres filas de blandones envían, diluida, hasta los pies del templo una tenue luz fantasmal. Sobre las gradas del altar mayor están arrodillados los niños lugareños; llenan las mujeres el centro de la nave, y al fondo, tras la pila bautismal, los hombres se amontonan en la estrecha tarima que viene a ser el coro. Nosotros, temerosos de que nuestra pro-

fanidad turbe el sosiego de la santa misa, nos hemos arrimado a un banco que hay cerca de la puerta y nos arrodillamos junto a él. Es un antiguo banco, de esos macizos bancos de nogal, nobles reliquias del puro arte español sobrecargados de pas-

osos y curiosos, después con osadía de casi bandoleros, levantamos la tapa un poquitín, luego un poquitín más, una vez, varias veces... Vemos difícilmente entre las semitinieblas del recinto. El arcón está lleno de libros, de papeles...



mósas fallas de grifos, angelotes, rosetones y cruces florecidas, lo mismo en el respaldo que en el arcón que les sirve de asiento. La belleza del mueble venerable nos atrae aún más que el mismo emotivo espectáculo de aquel austero rito popular, ingenuo y primitivo. El mohoso herraje de la cerradura está frito de al-daba, y nos tienta el misterio del arcón. Primero con astucia de chiquillos travie-

En esto, ha concluido la misa. El viejo párroco de la cabeza blanca ha bendecido en el altar mayor un ancho plato de madera lleno de pedazos de pan. Un grave hombre del pueblo, alto y enjuto, a modo de seglar preste o mayordomo, va presentando el plato a cada circuns-tante y brindándole el pan simbólico y fraterno. Cada cual toma un trozo. El mayordomo se acerca a nosotros tam-

bién. Y ha debido de ver nuestra maniobra, porque, al par que nos tiende la rústica bandeja, nos habla llamamente:

—¿Le gustan los papeles viejos, señor?

—No, no, señor... Sí... Es decir, era sólo curiosidad — tartamudeamos, azorados.

—Luego, si quiere, los verá. Usted es el que vino antiyer de Potes a los Picos, ¿no?

Es amigo del guía, de aquel montañés viejo de Tresviso, ágil como un rebeco, que va a llevarnos a las cumbres peladas y que en las monterías regias de otro tiempo le hablaba de tú al rey Alfonso XII. Por el guía sabe a qué hemos ido allí.

Y cuando, soñolientos, callados y cansinos, calzándose en el atrio las abarcas que al penetrar dejaron en la puerta apareadas, por no turbar con su chocleo el respeto de la casa de Dios, van saliendo de ella los pobres feligreses, me conduce el hombre a trabarme en grata y campechana plática con el venerable pastor. Hablamos de aquel mundo sosegado y perdido en medio de los montes; de aquella iglesia patriarcal y bucólica; de mi curiosidad por el arcón, los libros, los papeles...

—¡Ah, sí, hijo mío! Los papeles, los libros... ¿Gusta de eso?... Tómese los que quiera. Llévelos todos, si por esas veredas quiere y puede llevarlos... Algo curioso hay. Siglos tienen algunos... Toda la vida se estuvieron ahí Sesenta años, ya digo, habrá que los conozco, cuando vine a la iglesia. Algo tomé yo de ellos. El *Manual de confesores*, de Martín de Azpilcueta... Un sermulario de San Juan Crisóstomo... Y no es que la elocuencia de la sagrada cátedra, ya digo, sea de mucho provecho en estas zahurdas... *Margaritas*, ya digo, *margaritas ad porcos*... ¡Pobres hijitos míos!... Vea, vea lo que le place... Ahí había de perderse, puesto a que la polilla acabe de horarlo y lo coman ratones. Allí anda todo abierto y sin cuidado de hurtos, que por acá, ya digo, no hay quien sepa leer.

Y el mismo bendito varón encendió un candelero de la sacristía lóbrega y guió hacia la iglesia. Mucho más gloton que ratones y polillas, revolviendo afanoso legajos y volúmenes, devoraba yo nombres, epígrafes y fechas a la luz de la vela que el mayordomo había tomado al cura bondadoso. Y él proseguía con su voz feble y paternal:

—Algo bueno hay. Todavía la vejez, que me llevó la vista y no me dejaba hojearlos, no me ha borrado la clara memoria... Recuerdo de una relación manuscrita de la conquista de Nueva Granada... Y una declaración del *Cantar de los Cantares*, por fray Luis de León... Y cosas de munda-

nidad y pasatiempo, muy gustosas de leer. Había un libro... un librito... manuscrito también, de Samaniego... ¡Jesús, no quiero recordar!... «Cuentos burlescos», dice... «Jardín de...», dicho sea con perdón, «Jardín de Venus». Cuentos endemoniados, cuentos empecatados, hijo mío; pero de diablitos alegres y graciosos; pecadillos veniales; picardía, chista y zumba, cosa española rancia; pecadillos

veniales que hacen sonreír, ya digo, a Dios Nuestro Señor.

La rebusca era ardua y se quedó para el día venidero. Aunque en él brilló el sol, podían más en nosotros las ansias de bibliófilos que el amortiguado ardimiento de alpinistas. Fué sacado el arcón al atrio de la iglesia. El viejo guía, ojeador de rebecos del rey Alfonso XII, decíanos impaciente, señalando a lo alto, hacia los montes:

—Oye, tú; ¿pero no imos?

Y poco a poco, desenterrados de polvo y miseria, fueron naciendo nuevamente a la luz infolios, mamotretos ilegibles, volúmenes latinos, ejecutorias miniadas y bellas, comidas de humedad. Y entre ello asomó al fin su faz el pícaro del cónclave: era un rollo de quince cuader-nillos de a doce hojas, las tres últimas blancas y todas sin coser, en amarillento papel, letra apretada y clara y tinta des-vaída, cuya cubierta decía de este modo: *Jardín de Venus.—Cuentos burlescos de Don Félix María Samaniego.—Escribiólos en el Seminario de Vergara de Alava por los años de 1780 y tienen burlas de frailes y monjas y mucho chiste y regocijo. Este autor lo es de las Fábulas literarias, natural de la villa de La Guardia en Guipúzcoa y señor de las cinco villas del valle de Araya. Es propiedad de José de Bulnes, vecino de Potes, año 1792.*

Avidamente cogimos un pliego y empezamos a leer. Lefamos en voz alta, entre pausas de risa. Era una vena saltarina, fresca, de gracia a chorros, de ingenio a raudales; pero de qué malditos temas, santo Dios! Al cabo, ante una frase más gorda y más redonda, hicimos una pausa, y nos quedamos un poco perplejos mirando la cabeza nevada del buen cura. Y el buen cura nos dijo:

—Ya, ya, hijo mío... Comprendo... No sigue el cuento, por buenos respetos... Miramientos, ya digo, al ministerio y a la edad. Pero llévolo, llévase el librito si gusta, y huélguese por su mundo con él, que, aunque es cosa ligera, no sólo a gente moza, sino a los hombres juiciosos y graves les puede divertir. Que no tiene el «Jardín» flores venenosas, sino tufillo algo fuerte y picante de clavo y de pimienta y olor de alegría humana. Un ratillo de risa, que aparta el ánimo de otras cosas peores. No hay, hijo mío, ningún pecado gordo que se cometa riéndose, ya digo. Mientras está uno riéndose, no queda pensamiento para ofender a Dios.

Alborozado como un muchacho ante el soñado juguete de Reyes, guardéme el rancio manuscrito. Era una copia, clara y primorosa, única sin disputa, íntegra por milagro en los sueltos cuader-nillos, de los famosos *Cuentos* del esclarecido don Félix Samaniego, de que solamente se hallaban algunos esparcidos acá y acullá en viejos cartapacios y que no conocía nadie en su total conjunto. Hallazgo inestimable, porque es fama que, en la hora de su muerte, el regocijado varón, mandó que los quemasen. No sabía que un buen cura, un cura viejecito, sencillo y evangélico, purificado por la viva llama de la virtud y de la fe en las cimas de unos riscos que están tocando el cielo, iba a tener para ellos, corridos ya cien años, la indulgente sonrisa de Dios Nuestro Señor para los pecadillos veniales.

Y a otro domingo, al tornar a Espinama después que habían sido ellos en la montaraz soledad de aquellos Picos, mi alegre compañía, quise satisfacer cumplidamente, como su albacea y legatario improvisado, lo que aún tuviese que purgar el alma de don Félix. Por excepción en la pompa litúrgica, el ancianito volvió a revestirse con la casulla negra aquel día del Señor; la misa aldeana fué misa de *Requiem*; tres filas de blandones iluminaron suavemente el templo; los hombres en el coro, las mujerucas en la humilde nave, los puros chiquitines arrodillados en las gradas del altar, elevaron

a Dios sus almas primitivas, rezando por don Félix sin saberlo. Y yo, que había de ser divulgador de su picardía leve por este mundo pícaro, quise también hacer, honrado y precavido, la paga adelantada de mi culpa venial, y, como cada

rústico vecino del lugar hacía un domingo, ofrendé a la iglesia un gran pan. Y el pan se partió a trozos y les fué dado a todos, simbólico y fraterno: vida, alegría y salud.

Joaquín LOPEZ BARBADILLO

PSIQUIS

Alma mía, que clavas tu aguijón en mi vida,
y cuando el rojo beso de la carne te mancha,
acaricias con mano bondadosa la herida
para hacerla más honda, para hacerla más ancha;
duerme sobre mi frente de amor estremecida.

Mariposa de oro bañada en sentimiento,
brizna de sol, más sol que el sol de las auroras,
música de la música que envuelve con su acento
la risa cuando ríes y el llanto cuando lloras...
Alas de la palabra, virtud del pensamiento.

Duerme sobre mi carne perezosa y mullida,
como Ella, en el abrazo ancho del brazo amante.
En el vaso del beso viérteme tu bebida.
Entre nuestras dos bocas cristaliza en diamante.
Duerme sobre mi carne de amor estremecida.

Que la voz silenciosa de tu locura inmensa
se columpie en el blando columpio de la luna,
en la cuerda de plata de los cielos suspensa,
como un ave en su rama, como un niño en su cuna,
y que el eco se lleve cuanto la frente piensa.

Sé en mi bosque vital una bella dormida
para que puedas ser una bella despierta.
En el sueño presente el porvenir anida.
Al alba que ha de abrirse, siempre mira mi puerta.
Duerme sobre mi frente de amor estremecida!

Heliodoro PUCHE

ANÉCDOTA DE LA AMADA IDEAL

LAURA

CATORCE renglones solamente debieron mencionar este nombre de gloria; catorce renglones exclusivamente, del Petrarca...

Vera imagen del amor ideal, Laura vive en los apasionados versos de Francisco Petrarca con un indeciso nimbo de ensueño, apenas humana siendo tan divina, hecha poesía toda su realidad, y vera imagen, en suma, de la Deseada imposible.

Laura de Novés, hija de uno de los regidores de Aviñón cuando los Papas tenían en esta ciudad su residencia, fué dignísima dama, tan bella como era y como su poeta quería: seductor y majestuoso continente, piel blanca más que el intacto cuenco de la azucena, facciones angélicas, rubios cabellos, brazos de perfecto alabastro, manos finas como la pluma...

Ideal, en fin: era la Amada del Poeta.

Lo que se ignora, porque ni aun el mismo Petrarca ha osado fijarlo, es el color de sus dulces ojos; y así ganan en idealidad, y así puede decirse que tenían el color de los desconocidos ojos de la Amada Imposible...

Los poetas han cantado siempre un imposible categórico. Ellos miran sólo el reverso del límite, y el otro principio necesario que se sigue al último principio, y el plural del indivisible...; porque piensan el pensamiento de más allá de la cabeza, y sienten el deseo de más allá del corazón... Ellos, divinidades negativas, no aspiran sino al imposible absoluto.

Petrarca, al menos, idealizó una reali-

dad: que Laura, con no haberle otorgado amor, le inspiró más amor; y sólo el estímulo de lo inaccesible podía excitar y apasionar al genio.

Cuanto crecía el amor en el atormentado Poeta, tanto más en ella la severidad; porque entre ambos corazones un deber se interponía fatalmente: Laura de Novés era esposa de Hugo de Sade, y vivía casta, y supo mantenerse pura, en medio de una sociedad corrupta y llena de disipaciones extravagantes.

Así, le rendía su veneración el honesto marido; y el anhelo secreto de quien se atormentaba y complacía por un imposible no podía sino enaltecerla.

Durante veinte años, sin tregua y sin alivio, luchó el infortunado Poeta entre hablar y callar; y ella no sufrió tal vez menos, porque vivía firme en su recato y no quería oír lo que no quería oír.

Estaban los jardines de la honrada casa de Sade al pie de la roca sobre la cual los Pontífices edificaron su palacio; y el Petrarca, desde aquella eminencia, en sus solitarios paseos, atalayaba constantemente el lugar donde alentaba Ella.

Un deseo culpado y sin esperanza rondaba los limosneros del parque en donde moraba, tranquila, la inocencia; lo irremediable hacía que una ilusión anduviese ocultándose como un crimen; y todo Aviñón estaba en el secreto de este secreto.

Conmovida y halagada Laura por el arrebatado loco a que inducía, supo alentar el amor de él; mas no le daría nunca ninguna esperanza culpable...; los

jardines permanecían inexcrutablemente frondosos y cerrados; y Laura no sería suya jamás.

Para curar un imposible con otro, el enamorado procuró hallar olvido en la prudente ausencia; y después de la soledad de sus viajes, probó la soledad quieta de las Fuentes del río Vaucluse, donde se instaló, en la estancia de un pescador humilde.

Pero la soledad agrava los amores, la ausencia los afirma definitivos si son verdaderos, y Vaucluse está cerca de Aviñón... Quedábase, como convalecencia de su mal, la melancolía, tema de arte y regocijo de las musas; y tiernos sonetos cantan perpetuamente un amor sublime y hacen Laura y laurel sinónimos, con glorioso simbolismo.

Ajábase la belleza frágil de Laura; ve-lábase la suave albura de la tez; hebras de plata se aleaban con los cabellos de oro. Mas Petrarca, obstinado, con la juventud de su genio, la veía la misma, fascinadora y adorable, siempre como aquel 6 de abril de 1327, en que la conoció en la iglesia de las Religiosas de Santa Clara.

Los amigos le advertían el error bondadosamente, y él contestaba, airado: «¿Cúrase la herida de la flecha porque el arco no esté ya tendido?...»

Para él no había más realidad que su sueño, y todo lo demás era engaño y simulacro. ¿Quién sabe, por ventura, dónde se separan la alucinación y la evidencia?... Nosotros somos la medida de las cosas, y, en rigor, no amanece siempre que amanece, sino cuando nosotros despertamos...

El amante vivía despierto en su sueño, y la realidad dormía para él.

Y mientras el tiempo hacía de plata los cabellos de oro, y las esperanzas, rezagadas, tornábanse recuerdos, él seguía soñando, siempre, y esperando pacientemente, sin que esperara...

...En tanto el alba su esplendor risueño difunde hasta el cenit; y el sol que adoro no amanece a templar la pena mía...

Petrarca, porque padecía toda la pena, merecía toda la gloria.

Emulando a Horacio y a Virgilio, fué a coronarse a Roma, y, bajo los venerables techos del Capitolio, con carta del Senado romano y vistiendo hábitos reales, recibió la corona que más puede halagar las sienas...

Consagrado, ungido de majestad y de fama, llevando el laurel sacro de los númenes como una corona de espinas, Petrarca volvió de nuevo a Aviñón, la ciudad bendita y maldita; y apenas mereció de Laura una sonrisa, velada por la dignidad y el decoro.

Nunca había él cambiado con ella, en raras ocasiones felices, mas que un leve saludo, una vaga fórmula de cortesía; sólo alguna vez percibió la voz incomparable de la dama soñada.

Y Petrarca, desalentado, se alejó, al fin, para siempre; y ella le despidió con una profunda mirada imborrable, la última...

El presentimiento de que no habían de verse más se cumplió pronto; Laura falleció un seis de abril, a las seis de la mañana, el mismo día del año y a la misma hora que por primera vez la vieron los ojos de Petrarca.

¿No ha desfigurado totalmente la poesía estos amores? ¿La amó él de veras, o fué tema obligado de sus sonetos, de sus odas y de sus canciones?... Este siglo no puede analizar afectos tan gentiles...

Laura, trasunto del amor imposible, fué ciertamente digna de ser imposible, y se elevó tan alta como su Poeta.

Con no descender, ella permaneció ideal. Por haberse así hecho ideal, se ha inmortalizado; y Petrarca la ama todavía, por toda la eternidad de su nombre.

José BRUNO

LA SINCERIDAD DE COLETTE

INQUIETANTE y siempre renovada. Colette! De todas, de todas las escritoras del mundo entero, Colette Willy, mejor dicho, como firma ella misma desde su divorcio, «Colette» a secas, es seguramente la más querida. Esa es la palabra justa. Otras, como Selma Lagerlöf, como Rachilde, pueden ser más admiradas, más intelectualmente consideradas, o, como Séverine, más piadosamente respetadas; pero con Colette el lector se siente más confiado; la admiración hacia ella, con ser muy grande, es más familiar, y así su obra aparece más tierna; entra más en nosotros. Un libro de Colette no se impone; de él no se dirá nunca ese «Estupendo!» o ese «Brutal!», que significan el aplastamiento comprensivo o fingido del lector subyugado; pero se dirá o, mejor dicho, se pensará: «Qué bien!», «Qué verdadero!», y se guardará cariñosamente, entre los recuerdos favoritos, el recuerdo de esa página que Colette pareció — infaliblemente — haber escrito expresamente por y para nosotros.

Colette no es una escritora: es una mujer que escribe. Esto se ha dicho mucho, desde «El retiro sentimental» y «La vagabunda», desde que salieron a luz esas páginas que aparecían como el imposible más allá de todas las sinceridades y de todos los pudores. Páginas agrídules, de risa mojada e ironía disimuladora; de esa «blague» que quiere sostener, por encima de todos los acontecimientos, lo que los franceses llaman intraduciblemente «porter beau» y que, a veces, en ciertos trozos más necesariamente francos, cae, se deshace y acaba en unos sollozos de nervios desatados, ahogados en-

tre los cojines de un diván bohemio. Sollozos, es verdad, prontamente terminados por el final discreto del capítulo o por un incidente, que lo mismo puede ser grotescamente el ladrar de un perro que una carta inesperada e importantísima.

¡Nervios y «blague» de Colette! Ellos exaltaron su sensibilidad hasta la hiperestesia y, junto con su muy real y muy original talento, crearon esos rasgos de agudeza psicológica, de afán de disección moral, de análisis y confesiones sin piedad y sin careta. ¿Sinceridad? Tal vez... y a veces. Pero también un nervio exacerbado de mostrar esa sinceridad, de ostentar su crudeza: «¿Ven ustedes? Así soy yo, así somos nosotras, la verdad, sin afeites y sin actitudes, y así soy yo, y sólo yo tengo el valor de mostrarme...»

Las gentes timoratas, «las bégueules», las que se ponen un doble velo y los que se alzan el cuello del gabán cuando no quieren parecer ellos, gritaron al cinismo y a la desvergüenza. Aplaudieron demasiado fuerte los que buscaban y creían haber encontrado, ¡por fin!, una justificación valiosa. Ni unos, ni otros. Y se quedaron con Colette, en justo medio, los que sentían la obra sincera, a pesar de ciertas actitudes de sinceridad, y que gustaban de esa sinceridad por lo que encerraba de pasión, de comprensión, de vida sin trabas y de independencia espiritual. Y Colette, ya separada de esos libertinajes necios de la colaboración con Willy y la apología de Polaire, pudo ser la escritora «impresio-

nista y vibrante» inútilmente soñada por los Goncourt.

Era una obra muy seria la de esta mujercita que iba poniendo su vida en sus cuartillas; su vida grande y mezquina, ruin y hermosa, ¡la vida, en fin! Y de los Goncourt a Colette iba toda la distancia de ellos, que quisieron, por anticipado, ser artistas—«l'écriture artiste, tan famosa y tan muerta ya!», a ella, que no pretendió nunca ser nada, que no quiso serlo, aunque quizás en su fondo interior viviese con ese único deseo, y que recibía la palabra justa, la frase gráfica, sin llamarla ni pensarla, al mismo tiempo que su sensación. Y Colette, al mismo tiempo que «la mujer que escribe», fué artista que anotaba lo que sentía como tal, y sus libros, que no son libros de literato—o, por lo menos que no lo parecen, y ahí está su mayor fuerza—, salieron llenos de imágenes, de observaciones y de comparaciones de poeta originalísimo y vibrante.

Poetisa libertada de la esclavitud de la poesía; comprensiva libertada de los juicios «a priori»; sensible, ahondando en todos los sentimentalismos y todos los matices, Colette es, en toda su obra, la escritora refinada por excelencia, que sabe quedarse por encima de todos los refinamientos. De un salto—en su primera página—colocóse más arriba que todo, capaz de sentirlo todo y de describirlo todo con ese «je m'en fichisme» tan grande como la más estoica filosofía. Una mancha: la de esas «Horas largas», su obra de guerra, que hizo temer un momento que el distintivo psicológico

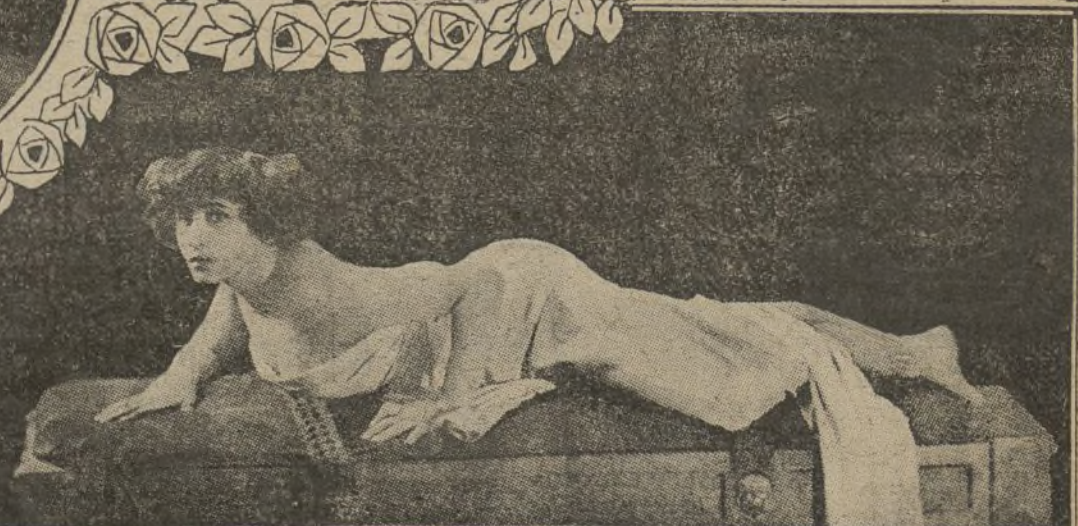
de su feminidad ocultase tan sólo la «pobreza femenina» de su personalidad sugestionada por la personalidad dominante del cerebro masculino que piensa junto a ella. En aquellos momentos de prueba —¡que elevadas salieron de la prueba una Séverine o una Marcelle Caby!— Colette contentóse con ser la dócil esposa del redactor-jefe del Journal. Ni siquiera nacional, humana y dolorosamente francesa: patriótica, como cualquier artículo de fondo de su segundo y muy vulgar marido. Entonces, ¡la Colette de antes? ¡Es que guardaba en su vibrante sensibilidad, en su «dominación de la vida» la huella del cinismo, filósofo al fin y al cabo, y de la sensibilidad del Willy que ha firmado Gauthier Willars sus adoraciones a Bayreuth, y que en sus más desvergonzados párrafos tiene siempre un ratito libre, una hora buena, para purificarse con el sentimiento del paisaje y el amor sincero y comprensivo del campo?

¿Quién sabe? Esperemos los nuevos libros, la nueva obra, ya reposada, de su nueva vida. Son muy pocos los dioses que no tienen—por muy ocultos que estén—sus pies de barro; pero en los dioses pequeños y familiares las imperfecciones de la materia deben perdonarse en gracia a la forma. Y la forma de la obra de Colette tiene, entre el excesivo «retorcimiento» de las obras que la rodean—¡esa literatura a lo Proust!—, el encanto de una hermosa flor silvestre en un ramo de orquídeas sin perfume. ¡La flor que ella, diosquilla pagana, quiso ser en esas «poses» menos impúdicas que sus confesiones!

Margarita NELKEN



CURIOSA CARICATURA DE DE LOSQUES REPRESENTANDO A WILLY CON COLETTE Y POLAIRE





La niña envidiosa



HABÍA una vez una niña muy bonita, que se llamaba Celinda; pero era muy traviesa y envidiosa.

Sus buenos padres la querían muchísimo, y, como no tenían otra hija, cifraban en ella todas sus ilusiones, mimándola demasiado.

Como muchas veces se cansaba de jugar sola y se aburría atrozmente, estaba deseando tener una hermanita.

Una tarde, una cigüeña llamó con su largo pico a la puerta de su casa. Sentada encima y atada suavemente a su cuello, para que no se cayese, con una preciosa cinta de raso azul, llevaba a una linda chiquitina, blanca como la nieve y rubia cual las espigas del trigo.

Era la hermanita deseada, la que su madre poco antes le anunciara llegaría, y Celinda la acogió con júbilo, palmeando de gozo y comiéndosela a besos.

La cigüeña dijo:

—Celinda, esta nena es un presente de mi ama la maga Rosaura. Espero que la querrás mucho; de lo contrario, teme un duro castigo. A mi ama no puedes engañarla, aunque sé que sabes mentir.

Al principio, todo iba bien; Celinda era muy cariñosa para la nena, y Margarita crecía, siendo cada vez más linda y graciosa, y haciendo las delicias de sus padres.

Pero bien pronto la pícara envidia empezó a hacer de las suyas, y Celinda miraba con dis-

gusto los mimos y cuidados que sus papás prodigaban a la chiquitina, y se arrepentía de haber deseado tener hermanos, pensando que mejor estaba sola.

Algunas veces la quitaba los juguetes, la pegaba, haciéndola llorar, y, si por ello la reprendían y castigaban, lejos de enmendarse, la envidiaba cada día más, culpando a la inocente pequeñuela de la severidad con que en alguna ocasión era tratada.

Un día que salió a pasear con Margarita, hallándose a la orilla del río, empezó a decir en alta voz:

—Necia cigüeña, ¿por qué no te confundiste y llevaste a la niña a otra casa? ¡Ojalá volvieras y me dejaras sola otra vez con lo bien que estaba...

En aquel momento una carroza de oro, tirada por cigüeñas, cruzó por el aire el río y se detuvo junto a las niñas.

En ella iba sentada una dama de singular belleza, vestida ricamente, que habló así:

—Soy la maga Rosaura y vengo a castigar tu envidia. Ven a entregarme a Margarita, Celinda; quiero llevármela.

La envidiosa, que al principio se asustó mucho, tranquilizóse al oír a la maga, y no se hizo repetir la orden.

Una vez cumplida, la carroza partió velozmente y Celinda desarreglóse los vestidos y el cabello, y corriendo regresó a su casa, entrando en ella sofocada y llorosa.

—¡Ay, madre, qué desgracia! —decía entre sollozos, fingiendo gran pena—. Una bruja muy fea me ha pegado mucho y me ha robado a la niña.

La madre, al pronto, la creyó, apresurándose a desnudarla, a pesar de la resistencia que opuso; pero no hallándole la menor señal de los malos tratos que decía haber recibido, la exigió que dijese la verdad, y, no siendo obedecida, encerróla en un cuarto oscuro

y salió en busca de su marido y de Margarita.

Pero la chiquitina no parecía por ninguna parte.

Afligidos regresaron a casa, y, sacando a Celinda de su encierro, procuraron oír de sus labios lo sucedido. Pero ni con mimos y frases cariñosas, ni con amenazas, ni con azotes, consiguieron su intento.

La madre no cesaba de llorar; el padre estaba indignado. No sabían qué hacer cuando, ante su casa, se detuvo la carroza de oro de la maga, quien, descendiendo de ella, tocó con su varita mágica la puerta, que se abrió sola. Penetrando en la habitación, dijo la maga al padre:

—Para castigar la envidia de tu hija y vuestra debilidad al consentirla y mimarla tanto, me llevé a Margarita. No temáis por ella, pues se halla muy atendida y contentísima. Pero es preciso que la misma Celinda, sola y a pie, vaya a buscarla a mi castillo de las doce torres encarnadas, en el bosque de los tres dragones.

—Señora —suplicó la madre—, apiadados de sus pocos años. Ya la hemos castigado...

—No basta; volvería a las mismas—repuso la maga—; quiero que escarmiente de verdad; es una niña muy rebelde. Ninguna desgracia le ocurrirá, porque yo velaré por ella, y volverá sana y salva y corregida de sus defectos.

Aunque con dolor, el matrimonio hubo de obedecer a la maga; la madre le preparó una cestita con provisiones y una jarrita de agua, y la despidió llorando.

Celinda estuvo un rato sentada ante su casa, por si la abrían, llora que te lloraras; pero, al fin, decidióse a caminar.

Pronto salió del pueblo y anduvo mucho, preguntando a todo el que pasaba por el bosque de los tres dragones.

Al fin, con la ropa destrozada y los pies hinchados, llegó a la entrada del bosque; pero los dragones, con sus fauces abiertas, querían devorarla.

—¿Qué buscas aquí?—la preguntaron.

—Busco a la maga Rosaura para que me devuelva a mi hermanita.

—Pues si quieres entrar—dijo uno de ellos—, ve a aquella fuente que ves a lo lejos y tráeme tu jarrita llena de agua.

Celinda obedeció sumisa.

Al regresar, el dragón apartóse para que pasara; pero dijo otro:

—Tengo hambre; no pasas si no me das las provisiones que lleves en la cestita.

La niña se las dió, y el dragón la dejó paso; pero dijo el tercero:

—Es inútil que entres; tu hermanita se ha muerto.

Al escucharle, Celinda rompió a llorar.

—¡Ay de mí!—decía—. Mamá se morirá de pena cuando lo sepa, y yo tendré la culpa. ¡Qué desgraciada soy!

El dragón se burlaba de ella.

—Compadécete de mí—suplicó.

—¿Te compadeciste tú de tus padres?

—¡Perdón, perdón!—murmuraba la niña, sollozando.

Entonces en su carroza se presentó la maga. Llevaba en brazos a Margarita, más linda que nunca, quien, al ver a su hermana, tendióle los bracitos, llamándola en su graciosa media lengua.

Celinda se arrojó a los pies de la maga, que, levantándola cariñosamente, la tocó con su varita. Sus destrozadas ropitas cayeron al suelo, quedando primorosamente vestida, y sus piecitos, curados ya, se mostraron aprisionados en lindos zapaticos de oro.

Después fué la niña invitada a subir a la carroza y en ella la condujo la maga a su castillo, en cuyo amplísimo y hermoso comedor graciosos enanillos le sirvieron exquisitas viandas.

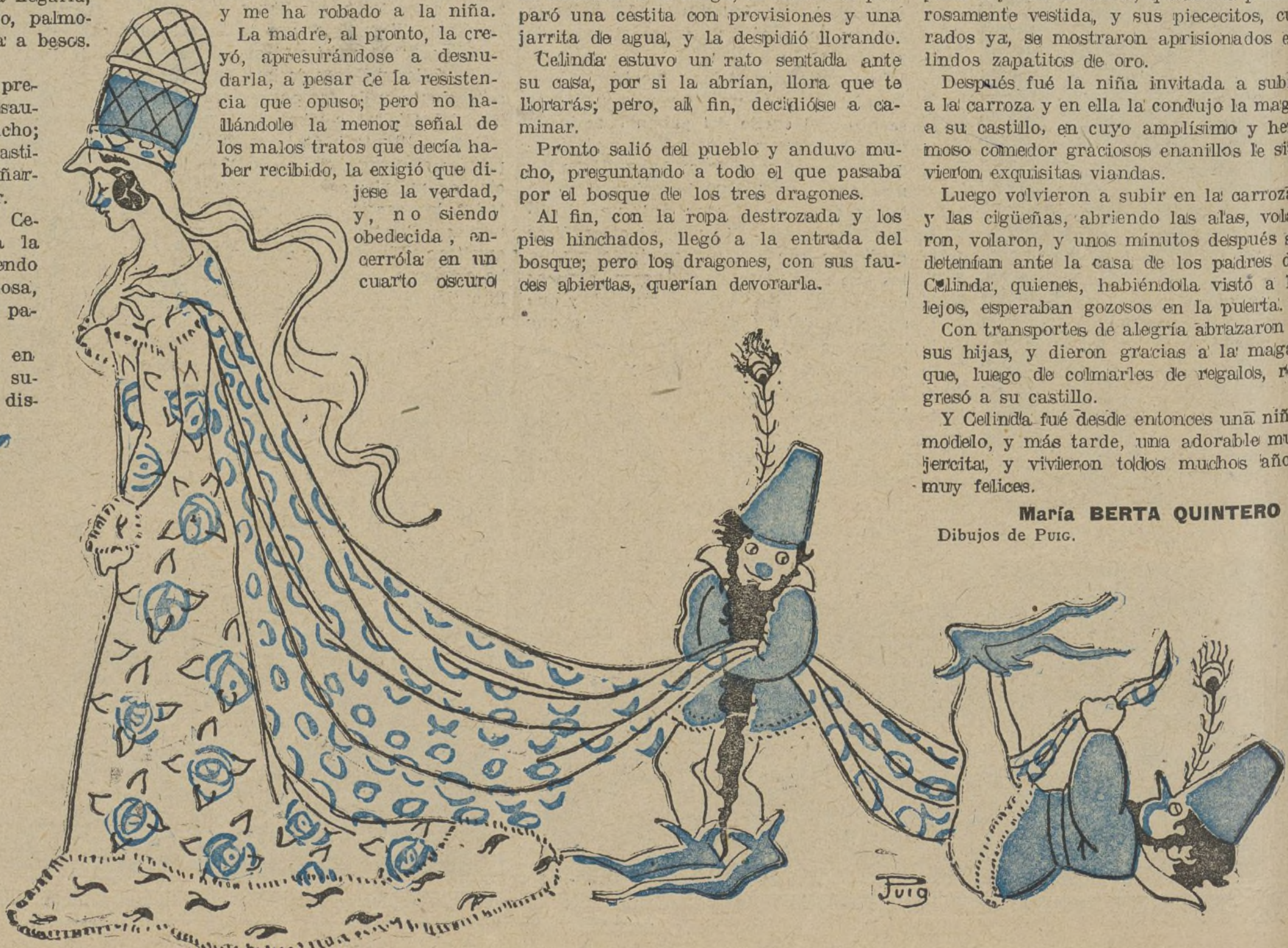
Luego volvieron a subir en la carroza, y las cigüeñas, abriendo las alas, volaron, volaron, y unos minutos después se detenían ante la casa de los padres de Celinda, quienes, habiéndola visto a lo lejos, esperaban gozosos en la puerta.

Con transportes de alegría abrazaron a sus hijas, y dieron gracias a la maga, que, luego de colmarles de regalos, regresó a su castillo.

Y Celinda fué desde entonces una niña modelo, y más tarde, una adorable mujercita, y vivieron todos muchos años muy felices.

María BERTA QUINTERO

Dibujos de Puig.



LA DUQUESA DE FERNÁN-NÚÑEZ

ANÉCDOTAS Y RECUERDOS

La primera invitación que recibí para una fiesta en el palacio de los duques de Fernán-Núñez, señala en mi vida de cronista mundano una efemérides inolvidable. Fue el 13 de febrero de 1888. Meses antes había yo acudido a la inagotable bondad de mi llorada amiga la marquesa de la Puente y Sotomayor—madre de la que fué más tarde compañera del insigne Cánovas del Castillo y de la condesa de Casa-Valencia—solicitando una invitación para un baile que había precedido a éste, en que venían a colmarse todos mis anhelos de periodista.

Porque la consagración, por decirlo así, de cuantos en aquella época nos dedicáramos a este género de trabajos, era el codiciado convite para casa de Fernán-Núñez. Aquello constituía el espaldarazo de la andante moderna caballería.

Conservo aún la carta autógrafa de la duquesa a su «querida amiga Ana», escrita en blasonada cartulina, en que, sobre la corona ducal, abre sus alas el famoso *rapnat* de la Casa de Cervellón...

Era una negativa amable, porque decía: *No hemos invitado a todas nuestras relaciones, pues no es gran baile; pero que dejaba entrever la esperanza de una próxima invitación.*

La marquesa me entregó, desolada, la esquila, pues habíame tomado bajo su protección, y bien claro me lo demostró años más tarde, hasta el punto de que el gran D. Antonio solía decir con fina ironía:

«Este Monte-Cristo es una debilidad de mi suegra.»

El momento de la compensación llegó pronto, y he aquí cómo rezaba la primera invitación por mi recibida:

«Los duques de Fernán-Núñez ruegan al señor Escalera se sirva asistir al baile que se verificará en su casa el 13 de febrero de 1888, a las diez y media de la noche.

Debiendo asistir las señoras empolvadas; el traje de caballero, sin excluir el de costumbre, será con preferencia de calzón corto o con frac encarnado.»

Y heme ya con la anhelada invitación en el bolsillo, como el protagonista de la célebre novela de Staendhal; los días que precedieron a la fiesta fueron de grandes ocupaciones: había de encargar a toda prisa el nuevo y pintoresco indumento a que hacía referencia la invitación; por cierto que aquella moda del frac rojo, importada de Londres como tantas otras, duró poco en Madrid, pues bien pronto la prostituyeron en los escenarios los más vulgares artistas.

Cuando llegó la noche del gran baile

y, apeándome del modesto *pesetero* que me condujo a la calle de Santa Isabel, penetré en el vestibulo de la señorial residencia, veníame como apollo al dedo estas palabras de Karr:

«Ridículo y conmovedor recuerdo: el primer salón en que a los diez y ocho años he entrado uno solo, sin apoyo! La mirada de una mujer bastaba a desconcertarme. Cuanto más quería agradar, más torpe era. Formábame de todas las más falsas ideas. Ora me entregaba sin motivo, ora veía un enemigo en uno que me había mirado con gravedad. Pero en medio de aquellas desdichas de mi timidez, ¡qué bello era aquel bello día!»

En efecto, aunque mis valedoras en el gran mundo eran personas de gran consideración social—la marquesa de la Puente, la de la Laguna, la señorita de Caicedo, entre otras—, mi timidez era

cada vez mayor, y apenas acertaba a desenvolverme y aun a orientarme en aquel laberinto de salones que luego, ¡ay!, se me han hecho familiares en fuerza de recorrerlos y admirarlos. Aún no sentía con intensidad el arte, y mi vida errabunda apenas deteníase en los divinos Goyas, maravillosos retratos de una duquesa de Montellano y de un conde de Fernán-Núñez; ni en la candorosa cabecita de Greuze, que, según un crítico, parece hecha con pinceles «ungidos en suaves tintas de pétalos de flores y en neblinas delicadamente emblanquecidas por los rayos de un sol de primavera»; ni en el soberbio boceto de Velázquez, ni en los paisajes luminosos de Van Berghen, ni en la Virgen milanesa de Solari, ni en los suaves lienzos de Murillo, ni aun en aquella Venus opulenta, digna hermana de las que se admiran en el Museo del Prado, en las

que Tiziano puso todo el esplendor de su paleta. Y lo mismo ocurríame con el arte moderno: Rosales, que dejó sin terminar el retrato del duque; Madrazo, el pintor de las elegancias isabelinas, que retrató en plena juventud a la duquesa; Benlliure, que ya había conquistado la gloria con su célebre *Monaguillo*.

Por cierto que de uno de aquellos bailes he oído contar al propio Mariano una curiosa anécdota: en uno de los rigodones que con los vales alternaban—entonces no habían florecido aún el *one-step* y el *jimmy-jee*, que profanan en estos tiempos los salones aristocráticos—, Su Alteza la Infanta doña Isabel, amiga y protectora siempre de los artistas, hizo al insigne Benlliure el honor de tenerle por pareja. Este, en plena juventud y en pleno triunfo, era ya conocido de todos por el apodo de *el Monaguillo*. Una damita se acercó, amable, a saludar al laureado artista, y, curiosa, hubo de preguntarle:

—Dígame, Benlliure, ¿por qué le llaman *el Monaguillo*?

La Infanta, que oyó la pregunta, rió de buena gana, y dirigiéndose a su pareja, le susurró al oído, con cierto dejo de amargura:

«¿Cuántas de las que se hallan en el baile estarán en la misma ignorancia!»

Hallábase yo en aquellos comienzos de mi carrera periodística, en una especie de deslumbramiento que apenas consentíame hacerme cargo de los detalles de las fiestas; en vano pretendía emular a los *Asmodeo* y a los *Almavi* que me precedieron en la crónica, y mucho menos a aquellos otros que la enaltecieron, como el académico marqués de Molins, amantísimo y galano cronista de algunas de estas fiestas aristocráticas, y aquel mi admirado paisano Amós de Escalante, que, tras de vulgar pseudónimo, derramaba las mieles de su ingenio.

Antofita Caicedo—como llamábase en aquellos tiempos a la hoy marquesa de Caicedo y de los Ojijares, esforzándose complaciente en servirme de *cicerone*, y una por una ibame nombrando a todas las celebridades de la época.

Veía pasar, envueltas en la aureola de las joyas, de las sedas y de los encajes, a la duquesa Angela de Medinaceli, siempre de blanco, con su collar de fabulosas perlas; a la Osuna, altiva y dominante; a la Gualaqui, en el azul cielo de su traje, que rimaba con el color de sus divinos ojos; a la Manzamedo, evocando en su *toilette* la época de María Antonieta; a la marquesa de la Laguna, casi materialmente cubierta de pedrería, hasta el punto de que una pare-

ja de la Guardia civil había tenido que escoltarla en su carruaje, y hasta a la eminente cantatriz Elena Teodorini, que triunfaba en el teatro Real y en los salones.

Pasó una dama de espléndida belleza, apoyada en el brazo del dueño de la casa; sobre el busto descotado, según la moda de entonces, que era la de los cuadros de Madrazo y de Winterhalter, fulguraban unas esmeraldas dignas del tesoro de una Emperatriz; en la cabeza, diadema de las mismas piedras: era la duquesa de Durcal—madre del duque actual—, cuyo aderezo había pertenecido a la Reina Amelia.

Hubo un ligero cuchicheo en algunos corrillos; acaso en aquel en que el vizconde de Aliatar—más tarde duque de Valencia—charlaba con la marquesa de la Laguna; cierta dama había tenido que entrar precipitadamente en el tocador, de donde salió a poco, envuelto el espléndido busto en suaves gasas...

¡Qué pasaría ahora si la moral de entonces prevaleciera! Todas entrarían en el tocador... para salir con volantes y con mangas.

Mis amables *ciceroni* ibanme señalando otras personalidades notables.

El Cuerpo diplomático, por ejemplo, brillaba por su distinción: allí la baronesa Stumm, esposa del ministro de Alemania—no había más embajador que el de Francia, que lo era el simpático monsieur Paul Cambon—; Mlle. Dubsty, hija del ministro de Austria-Hungría, que vivía en el palacio de Romana; el marqués de Maffei, que había convertido en museo retrospectivo el piso bajo del palacio de Abrantes; sir Clare Ford, el ministro inglés, que daba tan animadas fiestas en la vieja casa de la calle de Torija; el Príncipe Gortchacow, ministro de Rusia, gran coleccionador de bacías de barbero y de tinteros de Talavera, y, en fin, D. Vicente Riva Palacio, el general, poeta y diplomático mejicano.

A aquellos nombres se han ido sucediendo otros y otros; ha cambiado la corte de los pueblos; muchos tronos se han derrumbado, y de sus escombros han surgido otras naciones y otros Gobiernos; pero el recuerdo de aquellos diplomáticos que fueron los primeros a quienes encontré en mis andanzas por los salones madrileños, no se borrará nunca de mi mente.

¡Cuántas esperanzas muertas!
¡Y cuantos recuerdos vivos!

La duquesa de Fernán-Núñez siguió obsequiando, con grandes y pequeñas fiestas, a la sociedad madrileña, tanto en la Corte como en su posesión de *La Flamenca*, cercana a Aranjuez, donde, mientras el duque vivió, estaban sus cuadras de carreras.

Cuántas personas de distinción pasaban por Madrid apareciendo por las noches en su palco del teatro Real, encima precisamente del que, con sarcasmo, era conocido por *La Infantil*, a causa de la longevidad de sus miembros. Ni una sola noche dejó de asistir la duquesa hasta el fallecimiento de su marido. Después, aun transcurrido el luto, ya no fué tan asidua. ¡Habían cambiado mucho los tiempos y los cantantes!

El paseo de coches del Retiro—que fué una mejora debida al duque de Fernán-Núñez—, las carreras de caballos, las Exposiciones, eran sitios en los que nunca faltaba la atractiva y noble figura de la duquesa; gustaba de ir en carretela descubierta, muchas veces tirada por cuatro caballos, enganchados a la *grand D'Aumont*, y cuando hicieron su aparición los automóviles, ella siguió paseando, solitaria, muellemente reclinada en los almohadones de su elegante *milord*.

La duquesa de Fernán-Núñez era una dama muy culta; leía diariamente la

Prensa de España y del Extranjero, y placiale el comentario del suceso del día; pero hacía siempre sin acritud, mostrando en sus juicios una gran tolerancia; los libros de historia eran su lectura favorita, y esto me recuerda una curiosa anécdota de sus últimos años, que muestra cuánta seguridad tenía en la prolongación de su ancianidad la noble señora.

Frisaba ya en los noventa años, y su inteligencia no mostraba el menor síntoma de fatiga; comenzó por entonces la lectura de una obra que le interesaba grandemente. Un día recibió la visita de un viejo amigo, que, al observar una pirámide de libros sobre la mesa de su despacho, la preguntó intrigado:

—¿Qué lee usted, duquesa?

—La *Historia de los Papas*—contestó la dama—. Y estoy ahora en el segundo tomo.

La duquesa hacía el bien a la manera antigua, sin que la mano izquierda supiese lo que daba la mano derecha; pero esto no era obstáculo para que en aquellos casos en que la dádiva, unida a un nombre ilustre, puede ser ejemplo para los demás, figurara con crecidas sumas en cuantas suscripciones se organizaron con fines culturales o benéficos.

Fuó amiga de los grandes y amparadora de los pequeños: la Emperatriz Eugenia fué su amiga de la infancia; el Príncipe Napoleón, de carácter tan poco comunicativo, tenía en gran esti-

ma y la visitaba en su castillo de Dave, castillo que llegó a ser dominio de la Casa de Fernán-Núñez por el matrimonio de un duque de Montellano con una Princesa de Aremborg, de Bélgica.

Hasta muy pocos años antes de su muerte, cuando alguno de sus amigos visitaba por vez primera la señorial residencia cerca de Namur, la *castellana de Dave* hacía enganchar un tronco de jacas a su victoria, y ella misma, guiando con mano firme, hacía, en compañía del visitante, la *tournee de la propriété*.

He arrancado, a la ventura, algunas páginas de mis *Memorias* para consagrar el culto debido a la actualidad; no he mencionado aquí los nombres de la duquesa Rosario de Alba—prez de la Casa—; del marqués de la Mina y de la que todos conocimos de soltera por Silvia Xiquena y hoy viene a llenar con su virtud y su belleza el vacío que dejó en el palacio de Cervellón la llorada dama; del duque de Montellano, espejo de caballeros, y de la duquesa Carlota de Escandón, que el efímero Imperio mejicano—es ahijada de la infortunada Emperatriz—prendió en uno de los más nobles escudos de la aristocracia española.

No he hablado de estos personajes, tan íntimamente ligados a la duquesa de Fernán-Núñez, porque sería hacer demasiados extensos estos apuntes, que no estaban—al menos por ahora—destinados a la publicidad.

MONTE-CRISTO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

“EL CABARET” DE ALEJANDRO ARNOUX

“La Madelon pour nous n'est pas severe, quand on lui prend la taille et le menton elle rit, c'est tout l'mal qu'elle sait faire. Madelon, Madelon, Madelon!”

La canción de la guerra zumbaba como una abeja a mi entorno, mientras mis ojos recorrían las páginas de esa narración de Alejandro Arnoux, traducida por Bernardo G. de Candamo para la colección Calpe: *El Cabaret*. El traductor ha querido conservar en el título la palabra francesa, considerándola intraducible, porque una mera correspondencia exterior entre los vocablos de dos idiomas no alcanza a verter aquella espiritualidad inasequible, *mariposeante*, aneja a las cosas, sobre todo cuando las cosas se han unido a un momento de intensa vitalidad humana. El *cabaret* de los frentes de Picardía o de la Champagne no es exactamente la *cantina*. Es... el *cabaret*, transportado a la prueba heroica de la guerra—no sé si como una expiación o como un premio—, desde las extravagancias geniales de Montmartre o las espirituales impurezas de los *beuglants*.

¡Oh! Madelon no es, ciertamente, una Walkyria, ya que precisamente lucha contra el espíritu que produjo el mito revelador de las Walkyrias. (Si alguna Walkyria se yergue detrás de Madelon será el espectro de Juana.) Pero Madelon, a su manera, también ha colaborado en la victoria; su nombre es casi un lema de guerra y una incitación heroica. Desde Mimi Pinson a Madelon media el tránsito entre dos edades de Francia.

La narración de Arnoux, en la copiosa literatura de la guerra, viene a ser a modo de un Téniers o un Jan Steen, con su clarooscuro sospechoso, su sombra fluctuante entre refectorio y mancebía. Pero en esa sombra se oculta la Muerte, como en las humoradas caballerescas de Durer o de Holbein; y la Muerte, con

sus manos sarmentosas, diseña sobre la macabra orgía del *cabaret* de guerra una cínica absolución...

Completan el volumen de Arnoux otros cuentos de guerra. ¿Cuál es el sentido trascendente que emanan esas narraciones? Desde luego no es la nociva transfiguración que convierte la guerra en divinidad benéfica, fuente de gloria y de grandeza; tampoco es el generoso anatema de *Clerambault*. Se acerca más al irónico pesimismo de *Le Feu*, aunque sin revelar en el autor el contrapeso de fe optimista de un Barbusse.

He señalado en mi ejemplar, como excepcionalmente conmovedor, el fragmento que se titula *La bomba en el cementerio*. El soldadito francés, en el cementerio de guerra, arreglando cuidadosamente la tumba de un soldado alemán, destrozada por una bomba, tiene un perfume de humanidad inefable. *Otto Muller, muerto por su patria*, dice el pobre epitafio. Y junto a ese despojo, otros y otros restos de innominados campeones, muertos por su patria adorada, pero reunidos en el seno de la gran madre... Francia ha tenido verdadera grandeza en el tenaz heroísmo de su defensa; pero la caricia de una mano de soldado francés, arreglando la cruz y la tierra sobre la tumba del «desconocido» Otto Muller, «muerto por su patria», tiene una grandeza todavía más pura. Bajo el Arco de Triunfo, el guerrero anónimo duerme su sueño de gloria paradógica; pero un arco más alto aún se tiende, como el iris de una nueva y suprema Alianza, entre todos los hombres, sobre los cementerios en que la tierra de Francia se alimenta con la carne confundida de sus enemigos de ayer.

La Batalla es otra de esas *imaginerías* (así las bautiza su autor, muy acertadamente). El soldado Lafreyse no ha visto jamás una batalla; pero ha sido el actor inconsciente y maquinal de las grandes batallas en que la bestia humana, policéfala y anónima, abreva su ferocidad. ¿No buscaba también la batalla de Waterloo aquel Fabricio del Donogo, el héroe de Stendhal? El soldado Lafreyse sólo *ha hecho* batallas; pero no las ha visto. Con todo, el soldado Lafreyse cuenta las batallas, las batallas que hizo y que nunca vió; el soldado Lafreyse, dicen sus compañeros, es un historiador...

¡Qué amarga ironía la de otro de esos cuentos, *La «salchicha» a la deriva*! En la guerra hay dos clases de gentes: los filósofos y los insensibles. Te lleva el viento a su capricho: unos cuantos saltitos en el aire, y abajo siempre un agujero. La misma resignación sarcástica en el cuento siguiente: *Contradicciones*. Su protagonista es una especie de Tartarin, anfibológicamente heroico: muere por haberse comprometido con una frase.

—¡Oh, Tartarin! El recuerdo de Alfonso Daudet es bien oportuno aquí. Sus *Cuentos del lunes*, en gran parte, fueron la emanación literaria de la guerra de 1870, pero sobre ellos, todavía, pesó el sentido histórico de la guerra, con sus transfiguraciones interesadas, con su tendenciosidad pedagógica. La colección de cuentos de Arnoux señala bien el camino recorrido desde entonces. Sobre un fondo más rudo todavía de realismo, sangrante como una herida, cae la luz de la nueva realidad, opuesta a la vieja. El sentido humano ha penetrado esos cuentos, a pesar de la victoria, o tal vez por ella; mientras los de Daudet, a pesar de la ironía piadosa, ingénita en el autor, palpitan con el odio de la derrota. Las manos del artista, en estas páginas de Arnoux, parecen ungir las heridas abiertas, o acaso implorar el perdón de ese crimen de todos los pueblos: la conversión de la guerra y de la victoria en nociones gloriosas, y, por lo tanto, nociones de bien...

Abramos ahora precisamente otro fragmento significativo, en el libro de Arnoux: titúlase *Nochebuena*. Sin la menor intención de fáciles y triviales fantasías, diríase que el viejo Padre Noel ha bajado también a las trincheras, en la noche del Nacimiento, mientras el hogar lejano se aparece a los *poilus*, con su dulzura familiar, hondamente torturadora por el contraste. ¡Pero el Padre Noel es también un soldado! Mas he aquí que de las trincheras alemanas sube el canto de la Noche simbólica y pacífica: ¡Oh, pino! ¡Qué fieles son tus hojas! Otra vez el sentido humano tiende su arco de paz sobre el arco tenso y amenazador del sentido de raza y frontera. Y las canciones francesas de Navidad, aunque alusivas al cortejo de los Magos, palpitante de banderas y oros, parece una salutación que triunfa de los odios de sangre... Pero el momento pasa. La hora de paz fué un símbolo fugitivo, sin valor de permanencia. Ha nacido el Niño; pero una ráfaga de ametralladora apaga para siempre el villancico de Francia en los labios de su cantor, atormentado por una terrible culpa...

Todo el libro, como producto de la guerra, se parece a aquella lámpara solitaria y lejana que una noche descubren unos soldados en su marcha nocturna, como la lucecita de *Petit Poucet*: es la lámpara familiar, anónima y colectiva, singular y múltiple: la de uno y la de todos, bajo la cual una mujer vela y espera... Y entretanto, sobre toda la narración se cierne la guerra, siempre absurda y cruel, batiendo sus alas viscosas... Toda la filosofía del libro es esta:

me en estas palabras finales, y en el gesto del que las pronuncia, que es el soldado Malquarré, asombrado de que se le trate de héroe:

«Entonces recorrió Malquarré con la mirada el tumultuario horizonte, estrechado por un oleaje de llamas y de ruidos, que lanzaba al negro cielo estrellas verdes, rojas y blancas; metió luego las manos en los bolsillos del capote, escupió oblicuamente un largo salivazo, y fijó la vista en la línea de batalla, dijo, con voz llena de despectiva familiaridad: —¡Así eres tú, la guerra!»

Gabriel ALOMAR

APUNTES DE MADRID

EL PERRO DE SAN SEBASTIÁN

No es como el perro de San Roque, que no tenía rabo porque se lo habían cortado y que acompañaba al santo en el trajín diario de su vida humilde. Este perro de nuestro relato es un can madrileño y callejero, del cual se dice perro de San Sebastián, no porque fuese amigo dócil y fraterno del joven mártir, sino porque se pasa la vida en el atrio florido de la madrileñísima iglesia de tal nombre.

De todas las iglesias de Madrid es esta de San Sebastián la que atesora las más puras esencias madrileñas. Otras acogen en su recinto el garbo y el desplante de las chulitas de los barrios bajos, de esas que aún serían capaces, como sus hermanas las de Cádiz, de hacerse tirabuzones con las balas de los cañones. Algunos templos ofrecen sus naves relucientes, con sus altares donde triunfan las imágenes modernas y sonrosadas, a las jovencitas que acaban de dejar las raquetas del tenis y que aguardan la tarde para bailar en el *the dansant* de cualquier hotel de moda. Hay conventos a cuya puerta la aristocracia forma en larga fila de automóviles. La iglesia de San Sebastián es el Madrid galdosiano, el de mitad y mitad y leche en la copa, el de los septembrinos, el de los entusiasmos violentos por Lagartijo y Frascuelo, por Vico y Calvo... Y en esos momentos de vida acelerada y cosmopolita, cuando parece que van a borrar los antiguos caracteres diferenciales, séanos permitido hablar brevemente de la parroquia de San Sebastián y, sobre todo, del perro que se pasa la vida en el atrio.

La plaza del Angel, la calle de las Huertas, las del Príncipe, del Prado, de la Gorguera, de Atocha, la plaza de Santa Ana, guardan y rodean la iglesia de San Sebastián. Es todo el siglo XIX, y si se apura, toda la edad moderna madrileña, desde los formidables dramaturgos del siglo de oro. Es el buen Madrid, inocentón y amable, que da de sí todo lo que tiene y se contenta con una palmadita en el hombro o con un aplauso. No hay que olvidar que en dicha iglesia tienen los comediantes su famosa Congregación de Nuestra Señora de la Novena.

Y he aquí que, junto al puesto de flores de la puerta trasera de la iglesia, hay un perro. Un perro chiquitín, de ojos vivos y cortadas orejas, canela de color y chorreadas de blanco las finas patas. Inquieto y juguetón, este perro tiene de continuo la cola enhiesta. Ladra con el dardo atolondrado y retoza alegre alrededor de todo el que se para a festejarlo. No tiene dueño conocido, y nadie sabe quién le enseñó las habilidades de que alardea. Como los viejos canecillos de los tífiriteros sentimentales, salta por los españoles y no salta por los franceses, se sostiene empinado sobre las patas, y, haciéndose el muerto, cae en las losas con los miembros distendidos y rígidos. Es amigo de los chucuelos pirantes que a la salida de la escuela le enrabietan con saltos y vocerío: algunas veces se venga de los pequeños mordiéndoles las pantorrillas.

Si pasáis junto a la iglesia de San Sebastián paráis un instante, y en seguida acudirán al perro a vuestro lado y empezará a lucir sus facultades. Si vosotros no estáis en el secreto, contemplaréis, complacidos, las piruetas del can, y luego continuaréis vuestro camino con una sonrisa de amable comprensión. Pero si vosotros estáis en el secreto, si sois de los iniciados, no haréis tal cosa, sino que meteréis la mano en vuestro bolsillo y sacaréis una moneda de cobre: una de esas monedas que se arrojan desde los balcones a los ciegos inarmónicos; que se entregan al mendigo en la encrucijada; que se emplean para marcar un puñado de arropías. Después de sacar la moneda la tiraréis al aire, y entonces, el perro, con maestría inigualada, la recogerá entre sus diente-cillos. Al fin y a la postre, este perro de la iglesia de San Sebastián, después de daros muestra de su arte, lo que aguarda es la limosna.

Pero aquí está lo interesante del caso. No creáis que el can junta las monedas para el cocido, ni para pagar el alquiler de una habitación que no necesita. No; el perrillo, en cuanto tiene la mone-

da en la boca, endereza sus pasos hacia la plaza del Angel con garboso contoneo, y llega a la puerta de una moderna panadería. Allí se planta y agita la empinada cola, hasta que alguien viene del mostrador y le recoge la moneda y en su lugar le pone un dulce bollito de hojaldre. ¡Ay, el perro goloso! ¡El pobre perro bohemio, sin familia ni hogar, que vive del salto y de la pirueta y que cuando logra el óbolo de las gentes, en vez de llevarlo a la Caja de Ahorros, lo dilapidada en dulces bollitos de hojaldre!

Pero no frunzáis el ceño, ilustres y sedudos varones, y dejad al perro con sus caprichos. En lo que hay que poner gran atención es en el proceder del panadero. Este industrial tiene en el escaparate un montón de bollitos, con los siguientes rótulos:

RICO POSTRE
35 céntimos docena.

De éstos es el bollo que pone en la boca del perro en lugar de la moneda. Lo corriente es que los viandantes que se paran a presenciar las habilidades del can arrojen una pieza de cinco céntimos, con lo que la ganancia del panadero es exorbitante. Hay, sin embargo, quien, por no llevar suelto o por no pararse en minucias, le tira al perro una moneda de diez céntimos; vean entonces que el negocio del panadero es usurario. Y el perro, víctima de la iniqua explotación, sigue cambiando todos los días las monedas de cobre por los dulces bollitos de hojaldre. Dicen que el perro es explotado por su propia inconsciencia; pero acá creemos que el canecillo de San Sebastián da plena cuenta de todo: que conoce las monedas y aprecia su grosor y que lo que sucede no es otra cosa sino que el perro es un goloso contumaz e impenitente.

... Y en este momento un amigo nos trae la noticia de que la panadería en donde mercaba el perro los bollitos ha sido clausurada, y en su lugar se ha abierto una tienda de sedas. También nos ha dicho que, durante dos días, el perro se ha encontrado sin la dulce masa y ha estado a punto de tomar una fatal decisión. Hubiera sido un dolor para nosotros, los sentimentales, el suicidio del perro de San Sebastián. Afortunada y felizmente, ha surgido el remedio. La vieja de un puesto de periódicos ha acudido, cuidadosa y gozosa, a evitar lo que después hubiera sido irreparable; ella compra los bollitos por docenas y hace con el perro la misma operación que antes hacía el panadero. Resulta que, a veces, los bollos están endurecidos, y son

de ver los esfuerzos del perro para mastigarlos. Pero también nos hemos enterado de que el panadero abusaba de la boca del can. Lo cierto es que puede seguir gustando sus dulces hojaldres el animalillo artista y dilapidador, el perro de la madrileñísima iglesia de San Sebastián.

Vicente MANZANARES

LECTURAS

La Casa Maucci acaba de publicar una obra de palpitante actualidad: *Moros y españoles* (Cosas de Marruecos), por Guillermo Rittwagen, escritor muy versado en asuntos marroquíes que ha viajado largos años por el norte africano.

El distinguido periodista D. Francisco M. Mateos, que con el pseudónimo de «León Roch» ha publicado varios tomos de poesías, cuentos y crónicas, y recientemente notables libros de viajes, ha aumentado esta colección con «*Vistas de Segovia*». Contiene más de cincuenta grabados y la descripción de los monumentos de la vieja ciudad es tan completa como exacta.

Fernando Mora acaba de publicar una nueva novela, titulada: *En el tejado de Frascuelo*, que tiene la amenidad y el interés peculiares en el fecundo escritor.

La Casa Plon, de París, ha publicado *L'Irlande insurgée*, por Sylvain Briollay.

EDITORIAL MUNDO LATINO

La novela universal para todos.

Primorosa colección en lindos tomos de 160 a 200 páginas, con esmerada impresión y cubiertas a todo color. Precio de cada ejemplar, una peseta. Balzac, *El muerto viviente*; Nodier, *Ins de la Sierra*; Tackeray, *Españoles aventuras de un fanfarrón*; Nerval, *Aurelia*; Grignery, *Los amores de Artagnan*, *Los amores de Aramis*, *Su eminencia gris*; Goethe, *Herman y Dorotea*; Puckin, *El bandido ruso*.

En prensa: Washington Irving, *Aventuras de un viajero*; Hoffman, *El tendero de Nuremberg*; Gautier, *Jettatura*, etc., etc.

Se publicarán varios tomos mensuales.

Novelas de aventuras.

El dueño del navío, por Luis Chadourne; *Otro hombre invisible*, por Edmond Cazal; *Pedro Moro el aventurero*, por A. R. Antigüedad. Novelas modernas de interés enorme, que están obteniendo un gran éxito.

Pídase el Catálogo general de Mundo Latino al Apartado 502, Madrid.—Libería, Caballero de Gracia, 28.

Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60

ALFON

FUENCARRAL 6 MADRID.
FOTOGRAFO
TOLEDO 63 MADRID.

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE
EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



CARLOS COPPEL



FABRICA DE RELOJES
FUENCARRAL 27 MADRID

Único depósito de los relojes de precisión.MZA.

Exposición permanente de relojes de pared y sobremesa.

CERTIFICADO DE GARANTIA
CON CADA RELOJ

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)